

Porque una capacidad dispersa y ubicua es una incapacidad.

Y Unamuno—dice Pío Baroja — «le hubiera explicado a Kant lo que debía ser la filosofía; a Riemann o a Poincaré lo que era la Matemática; a Planck y a Einstein el porvenir de la Física; a Frebenius, la etnografía de Africa y a Frazer los problemas del folklore».—MARIO OSSES.



EN EL VIEJO ALMENDRAL, por *Joaquín Edwards Bello*

Dice Ortega y Gasset en su admirable y definitivo estudio de Baroja: «La corrección gramatical—dado que exista una corrección gramatical—abunda hoy en nuestros escritores. Sensibilidad transcendente, en cambio, se encuentra en muy pocos. Tal vez en ninguno como Baroja». Algo de esto se nos ocurre al leer «En el viejo Almendral» la novela de Joaquín Edwards Bello, libro donde una magnífica vitalidad se desborda de la primera a la última página. En efecto, la obra se lee de una vez, y el lector detiene su carrera sólo para reparar en alguna certera observación de los tipos nacionales hecha al margen de todas las clasificaciones sociológicas corrientes, y en las que el observador nos parece una mezcla de veterinario y psicólogo. Edwards Bello es en el libro el hombre de todos los días. Cierta progresión episódica y una vaga unidad dan a «En el viejo Almendral» un aire de novela.

Es una historia desparramada con Valparaíso al fondo. A Valparaíso siempre se vuelve como a los viejos libros; los que han vivido algunos años en su angosta cintura urbana saben de las profundas rayas que la vida porteña—tan distinta que la santiaguina—deja en el corazón. Ciudad bella y orgullosa donde el chileno es a veces un hombre correcto. Sus barrios—Almendral, Centro y Puerto—todos de un carácter bien definido,

contienen conglomerados de existencia de significación mundial. No hablamos de los cerros, tema virgen en nuestra literatura.

El Almendral es honesto y criollo, el comercio medio y el pobre hacen en él su gruta multicolor, El Centro internacional y pedante con su Gath y Chaves y su Banco de Londres, constituye lo menos valioso, aunque indispensable en una ciudad de aguas semicoloniales. Y el Puerto turbio, descocado y exótico, una zarabanda de olores y marineros.

Joaquín Edwards Bello es de los que cultiva su personaje en el público lector. Uno lo siente comprometido en la atrayente historia dando vida a seres que se llevan un buen jirón del espíritu y la vivencia del novelista. Como Baroja, Edwards Bello nos parece siempre un poco autobiográfico, coincidiendo así con una de las más firmes características de la mejor novelística contemporánea.

La época que nos describe Edwards Bello es la del 900, etapa porteña de agio y lance. El personaje central, Pedro Lacerda y Alderete es un carácter complejo; ambición, inseguridad y resentimiento; una sensibilidad aguda y ciertas costumbres metódicas impuestas por el hogar equilibran e inhiben su existencia, resultando un hombre razonador e iracundo que pierde la partida en una ciudad que se derrama frenética. No podemos resumir el argumento del libro, es flúido y se escapa, está construido como el de alguna buena película del cine mudo y como tal es de esperar que Edwards fabrique un nuevo argumento con los mismos actores. Stepton, Juan Luna y otros más siguen en las columnas de «La Nación» asomados a la realidad nacional.

«En el viejo Almendral» contiene páginas que no alcanzará el olvido. «No sabría ponderar la impresión de una víspera de viento en la ciudad marina: las calles mostraban caras nuevas y se respiraba por los arrabales el aire de carbón y vino, entre aromas de durazno y sandías...».

«El viento se preparaba a soplar sus tres días de rigor. La cabellera de ella volaba de la misma manera que si fuéramos en el puente de un barco. Las tejas estaban hirviendo; el mar era una larga pincelada verde clara...».

El «Elogio de la muerte del padre» cuyos juicios son el desideratum del buen sentido es un capítulo de gran fuerza contenida. Decía el padre: «Todo chileno es enemigo de todo gobierno... hasta que le dan el empleo fiscal». «Cada Presidente hace bajar el cambio dos peniques». «Pesa tu reloj de oro antes de entregarlo al componedor».

«El santiaguino despierta a las diez, pero se queda en la cama hasta las doce, pensando en la clase de zorzal que se ha de manducar». «¡Pobre padre! ya no le vería más con su cara desesperada y su traje viejo».

El mayor acierto creador de Edwards Bello son sus personajes femeninos, tan claramente delineados y completos. Perpetua, Florita, Doña Florencia, Doña Rufina: no hay en ellos falsa composición ni lagunas, cada uno es una fuerza tendida y vibrante de la existencia real. Es lo mejor del libro y a su conjuro escribe el autor sus observaciones comparados del hombre y la mujer de nuestro país.

«Perpetua abrió mucho los ojos, hizo el signo de la cruz en su busto y exclamó:

—¡Se le fué!

—Sí, repitió la mujer, Se me fué. Estoy sola.

En esta corta escena se encierra la historia social de Chile, Las mujeres desde la Conquista y la Colonia se quedan solas».

En el Liceo: «...predomina el quiltro humano, de indefinible pedigrí».

«La ley secreta manda atender a los borrachos. Son sagrados». La mujer del puerto: «Esas hechuras pertenecen a las baroninas y se obtienen subiendo cerros».

Las mujeres de Chile: «Las hay como las ostras, de exportación, especiales y corrientes».

La mujer no siente el espanto espiritual. He aquí la ventaja de la criolla en el paisaje americano! Ella no usa su espíritu; no lo malgasta».

El libro destila una amargura saludable. Joaquín Edwards mira el país como un todo en formación y además nos parece lo suficientemente extranjero para mirarlo desde afuera. Otro claro ejemplo de esto en nuestra literatura son las novelas y cuentos tan objetivos de Mariano Latorre. La amargura de «En el viejo Almendral» delata una fuerte preocupación, sin dogmática ni teoría importadas, por la suerte nacional. Tal vez fué esto lo que nos alentó a aplaudirlo larga y cálidamente aquella tarde en el salón de honor de la Universidad de Chile cuando se le entregó el premio nacional de literatura. El premiado dijo aquella vez: en Valparaíso, señores, se nace por casualidad. Y algún bravo baronino le respondió a pulmón pleno desde lo más alto de la sala confiriendo inmensa emoción al acto; ¡Viva Valparaíso!—FERNANDO URIARTE.



PRESENCIA DE CHILE, de *Luis Durand*

Cuando en París, preparaba el viaje a Chile me cansé de seguir librerías y bibliotecas en busca de libros que me diesen una visión de ese país, sin conseguir en definitiva nada que pudiese anticiparme la realidad, la presencia de Chile.

En la calle de la Paz existía entonces una librería inglesa que se dedicaba especialmente a la producción americana, y allí me fué fácil hallar títulos muy interesantes de la producción editorial venezolana, uruguaya, ecuatoriana, sin hablar ya de Argentina, Brasil, Mexico, etc. Nada, absolutamente nada de Chile. Ni un baedeker. Ni una revista de turismo. Ni un mapa.

No exagero. Me dí cuenta, ya entonces, que en turismo